

**VIDA CRIOLLA (LA
NOVELA DE
LA CIUDAD)**

Published @ 2017 Trieste Publishing Pty Ltd

ISBN 9780649091973

Vida criolla (la novela de la ciudad) by Alcides Arguedas

Except for use in any review, the reproduction or utilisation of this work in whole or in part in any form by any electronic, mechanical or other means, now known or hereafter invented, including xerography, photocopying and recording, or in any information storage or retrieval system, is forbidden without the permission of the publisher, Trieste Publishing Pty Ltd, PO Box 1576 Collingwood, Victoria 3066 Australia.

All rights reserved.

Edited by Trieste Publishing Pty Ltd.
Cover @ 2017

This book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, re-sold, hired out, or otherwise circulated without the publisher's prior consent in any form or binding or cover other than that in which it is published and without a similar condition including this condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.triestepublishing.com

ALCIDES ARGUEDAS

**VIDA CRIOLLA (LA
NOVELA DE
LA CIUDAD)**

ALCIDES ARGUEDAS

///

Vida criolla

(LA NOVELA DE LA CIUDAD)



Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas

LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF

50, CHAUSÉE D'ANTIN, 50

PARÍS

Dedicatoria :

Á LA MEMORIA DE ELLA, LA BUENA,
LA NOBLE, LA SANTA...

A. A.

VIDA CRIOLLA

I

...Los coches saltando por los baches y envueltos en nubes de polvo, salieron del Prado y emprendieron por la ancha y sinuosa avenida bordeada de eucaliptus y sauces llorones.

Verdeaban los árboles por el primaveral retoño poniendo alegre nota en la vasta aglomeración de cerros grises y resquebrajados que cierran el valle por los costados dejando al fondo ancha vía de espacio, limitada primero por las cumbres atormentadas y rojizas de Aranjuez, luego, y encima, por las cenicientas del Alto de las Ánimas que medio velan la perspectiva de la Real Cordillera, y, por fin, en último, por el Illimani, cuya eviterna nieve fulgía á esa hora del mediodía. Á ambos lados del camino y en las faldas de los pelados montes, sembríos de patatas y maíz, en pleno brote, hacían menos ingrata la visión del yermo.

— ¿No es verdad, Emilio, que debe agradarle pasear otra vez por estos caminos? — preguntó Carlota Quiroz, envolviendo á su amigo en la mirada maliciosa de sus pequeños ojos grises,

Doblaban en ese instante los coches el recodo de San Jorge, por la orilla misma del camino abierto en el flanco del monte bruscamente caído sobre el río, y Emilio Luján, sentado del lado de la barranca y sordo al parloteo sustentado por su amiga Quiroz y su prima Elena Peña-brava respecto de unas telas recién llegadas á un almacén de novedades, se entretenía en seguir el pesado vuelo de un buitre que describía inmensas parábolas en el aire luciendo al sol su pardo plumón deslucido con el polvo de los años, y mucho más bajo que él, en lo profundo de la angosta cuenca, casi encima del camino abierto en las faldas del opuesto cerro que aprisiona al río entre la hosca masa de su base y se extiende abajo, como una cinta blanca y retorcida... Al oír la pregunta, volvióse Luján hacia Carlota y repuso con nostálgico acento :

— En mis tiempos, Carlota, esto que ahora es camino, era campo mondo y á él venían las gentes de la ciudad, en la cuaresma, á hacer sus *humintadas*... Creo que eran mejores tiempos que los de ahora, pues me dicen que ya se va perdiendo la costumbre de los *aptapis*; que los hombres se portan como viejos y los viejos no piensan sino en morirse y cuanto antes, mejor... ;Cómo cambia todo! Da miedo la vida.

— ;Y cómo lo dice, por Dios!... Es usted un buen cómico. ;Quiere hacerse el viejo y apuesto que sólo tiene treinta años! — le dijo Carlota, siempre calina y dándole en el hombro con el abanico cerrado.

— ¿Treinta no más? Se equivoca usted; ya he pasado de la edad de Cristo, — repuso Luján, picado y retorciéndose con coquetería el fino y menudo bigote castaño. No le hacía gracia que se echase de ver los años que llevaba encima y era de los que sienten vergüenza confesar su edad.

— ¿De veras? Pues no parece. ¿Y cuántos años ha estado usted en Chile?

— Tres.

— Me habían dicho que más.

— Tres cabales. Tres años de vida intensa, de...

— ...Locuras y amoríos, sí, lo sabemos. ¿No es verdad, ché? — añadió dirigiéndose á la señorita Peñabrava.

— Así parece, — repuso ésta distraída y volviendo los ojos atrás deseosa de ver á su novio que venía con su madre en otro coche.

— ¿Amoríos? Ni uno solo. Mi palabra de honor, — dijo, serio, Luján.

— ¡Quite usted con su palabra! Á los hombres les creo menos cuando dan palabra. Yo sé que usted se ha divertido mucho en Chile; que tenía usted amigos, amigas (*la señorita Quiroz recalcó la palabra*); sobre todo amigas; que vivía usted...

Se detuvo temerosa y vacilante. No se atrevía á decir lo que corría en la ciudad respecto del joven. Decíase que había vivido en despreocupado concubinato con una mujer durante el tiempo de su permanencia en la capital chilena; pero lo que todos ignoraban era que dichas voces corrían por boca del mismo Luján que así creía dar mayor realce á su persona.

— Que vivía usted... amado, feliz, contento.

— Ya lo creo, si vivía fuera del país...

— ¡Qué lisura!... Pero no por eso, sino porque vivía usted... ¡Díselo tú, Elena; yo no me atrevo! — dijo tapándose el rostro con el abanico desplegado y como para ocultar un rubor difícil á notarse dada la capa de polvos que cubría sus carnes.

Luján miró á su prima y guiñando los ojos, burlón, repuso con desparpajo :

— Con una chiquilla menos guapa que usted, sí. ¿Quién se lo ha dicho?

La señorita Quiroz separó el abanico de su rostro sorprendida del cinismo de Luján; y al verlo reír al zoquete, contestó con cierto sobresalto por tener que entrar en detalles escabrosos reñidos con su honestidad :

— Una palomita mensajera.

— Una palomita, no; las palomitas no tienen hiel. Sin duda un cuervo.

Carlota comprendió al punto la alusión. Luján se refería á Rodríguez, con quien había viajado por Chile y la Argentina y cuyas relaciones no eran muy cordiales. Inquirió interesada :

— ¿Y cómo se llamaba *ella*?

— ¿Cuál ella?...

— Su... ¡ vamos !... su amiga de Chile.

— Oldegunda.

— ¡Qué nombre tan raro! Pero bonito. ¿Y de dónde era? De Chile, seguro. ¡ Ay, esas chilenas !

— No; de Australia.

La señorita Quiroz se quedó en ayunas : cinco lustros hacía que olvidara las elementales nociones de geografía adquiridas trabajosamente en la escuela y hoy no sabía nada de nada.

— Y... ¿era bonita?

— Si no tan bonita como usted, lo suficiente para enamorar á un hombre de gusto.

Carlota, íntimamente halagada por el cumplimento, dirigió al mozo una de sus más prometedoras sonrisas.

— Yo sé que era preciosa, — intervino la señorita Peñabrava; — me lo ha dicho Andrés.

— Por lo menos ha tenido la amabilidad de la franqueza.